



## Tendencias de nuestra cultura (2ª Parte)

### La búsqueda de la identidad

#### Esquema

- 1.- Globalización, identidad y comunidades de referencia
- 2.- Identidad nacional, estado y globalización
- 3.- La identidad de la mayoría satisfecha y la debilidad del estado
- 4.- Las identidades de elección y la modernidad líquida
- 5.- Sentido de pertenencia y construcción de la identidad
- 6.- Identidad, estratificación social y exclusión
- 7.- Identidades emergentes en la exclusión
  - 7.1.- Fundamentalismo
  - 7.2.- Nacionalismo
- 8.- A modo de conclusión

#### Bibliografía

#### Cuestiones para el diálogo

### 1.- Globalización, identidad y comunidades de referencia

Hasta hace muy pocos años, el tema de la identidad no era algo que ocupara el centro de nuestros pensamientos. Tal vez porque la mayor parte de la gente, como han demostrado los sociólogos e historiadores franceses, tenía su experiencia vital en un entorno inmediato no superior a los veinte kilómetros, es decir, configuraban “redes de



familiaridad” o comunidades locales de conocimiento recíproco. Hoy, en cambio, el tema de la identidad está en boca de todos y es percibido como problema y como tarea. Bauman ha sugerido que esto proviene de la lenta desintegración y debilitamiento de las comunidades locales y el efecto de revolución de los transportes. Lo cierto es que cuando la identidad pierde los anclajes sociales que la hacen parecer “natural”, la “identificación” como sentido de pertenencia se hace cada vez más importante para aquellos individuos que buscan desesperadamente un “nosotros” del que formar parte.

Siegfried Karakauer nos ha proporcionado conceptos con los que describir mejor este fenómeno. Distingue entre dos tipos de comunidades: las *comunidades de vida* y las *comunidades de creyentes*. Estas últimas son las que están mantenidas por ideas o principios. Es en ellas donde se plantea la cuestión de la identidad porque hay muchas ideas y principios, que comparamos entre sí, las revisamos, ratificamos, tratamos de conciliar sus exigencias (a menudo incompatibles). Este trabajo sobre las ideas va motivando nuestras elecciones. La identidad, o la conciencia de la identidad, es así hija de la libertad de elección y de lo que Isaiah Berlin denomina inconmensurabilidad, aludiendo a la incompatibilidad de valores elegidos. Con frecuencia los valores, bienes, ideas o principios elegidos colisionan en la práctica entre sí por lo que no son todos armónicos entre sí sino escenarios de conflicto, espacios de inconmensurabilidad.

En nuestra época, el mundo en torno a nosotros se ha cortado en fragmentos escasamente coordinados. Nadie está en contacto con sólo una comunidad de ideas y principios cada vez y por esos tenemos dificultades de coherencia, de lo que nos distingue como personas, y dificultades de continuidad de nuestra identidad en el tiempo, dificultades de *ipseidad* y *mismidad*, como decía Ricoeur.

Encontrarnos “fuera de lugar” en una comunidad de ideas puede ser una experiencia desagradable: siempre hay algo que explicar, algo que justificar, algo que esconder o, por el contrario, algo que hay que exhibir ostentadamente.

Esto no queda en el ámbito de cada persona individual. Tiene una dimensión sociopolítica. En esa perspectiva la ha descrito Zygmunt Bauman, el gran sociólogo experto en el análisis de las dimensiones culturales de la globalización: la identidad no es algo que es descubierto pero que ya estaba ahí, sino más bien algo que es inventado, un objetivo por el que es necesario luchar y al que hay que proteger, de modo que la cuestión “¿Quién eres tú?” sólo tiene sentido si sabes que puedes ser algo distinto de lo que eres, si hay una elección que depende de ti, si debes hacer algo para consolidar y hacer real esa elección. Por lo tanto, la identidad es una tarea o cometido aún no realizado, como una llamada, como un deber y una incitación a actuar.

La identidad se sitúa en la perspectiva de la pertenencia. Pero, ¿cómo se entiende, y lo que es más importante, se experimenta la pertenencia en nuestra cultura? Andy Hargreaves lo ha expresado muy gráficamente a través del detalle del teléfono móvil: “*En los aeropuertos y en otros espacios públicos, los individuos caminan con el móvil de aquí para allí hablando solos en voz alta, como esquizofrénicos paranoicos, despreocupados de cuanto está a su alrededor. La introspección es una actividad que está desapareciendo. Cada vez más personas, cuando tienen que afrontar momentos de*



*soledad en su propio coche, en la calle o en la caja del supermercado, en vez de recogerse en sus pensamientos, controlan si hay mensajes en el móvil para tener un pedacito de evidencia que les demuestre que alguien en alguna parte tal vez los quiere o los necesita”.*

En la sociedad actual la cercanía personal ya no tiene nada que ver con la proximidad física. Con los auriculares exhibimos ostentosamente nuestra separación de la gente y cuando encendemos el móvil, apagamos la calle. La pertenencia y la identidad son tanto más importantes cuando nuestra experiencia vital está más separada del entorno natural e inmediato.

## 2.- Identidad nacional, estado y globalización

Uno de los signos de la rápida transformación de la sociedad moderna es la emergencia de distintos movimientos sociales que buscan una comunidad/reconocimiento de identificación. Cuando la cuestión nacional parecía haber quedado resuelta hace un centenar de años se produce el “resurgir del nacionalismo” que algunos han interpretado, a la luz de los horrores de la experiencia balcánica como el reaflojar de una fuerza oscura, atávica, irracional que se esperaba ya definitivamente muerta. Podemos desaprobar tanto el celo separatista como el celo tribal que diseminan, pero no podemos liquidarlos simplemente diciendo que son algo irracional. No se puede aducir como explicación ese despertar de odios primitivos congelados en el inconsciente colectivo. La pregunta correcta es ¿por qué se ha despertado el muerto?

Según Bauman, hay dos razones (o dos motivos racionales) para la reciente puesta en escena de reivindicaciones de autonomía e independencia descritas como el “despertar del nacionalismo” o el “redescubrimiento” de la identidad nacional: *“Una es el intento agitado y desesperado de buscar protección frente a los vientos, bien gélidos o bien ardientes, de la globalización, una protección que los muros resquebrajados de los Estados-nación ya no son capaces de dar. Otra es el replanteamiento del tradicional acuerdo entre nación y Estado, más que previsible en una época en que los Estados debilitados siempre tienen menos beneficios que ofrecer a cambio de la lealtad requerida en nombre de la solidaridad nacional”.*

El matrimonio entre nación y Estado ha definido la modernidad y ha proporcionado a los ciudadanos una identidad de contornos claros, carentes de ambigüedad y capaz de mantenerse, durar, en el tiempo, en la historia. Una nación sin Estado habría estado destinada a ser dudosa de su pasado, insegura de su presente e incierta de su futuro, es decir, a tener una existencia precaria. Reivindicaba un destino común que sólo podía satisfacer el Estado. Por otra parte el Estado buscaba la obediencia de sus súbditos representándose como el cumplimiento del destino de la nación. La cohesión proporcionada por la soberanía del Estado venía a hacer rígido el confín entre el “nosotros” y el “ellos”, configurando la identidad nacional, que no conoce competidores y, menos aún, oposición.



Este matrimonio en el paraíso entre nación y Estado, que proporcionaba identidades nítidas, se ha roto a consecuencia de la globalización. El binomio atraviesa un período de relaciones tibias y cada parte deriva hacia el modelo, hoy tan de moda, de las “parejas bifamiliares”.

### 3.- La identidad de la mayoría satisfecha y la debilidad del estado

La esencia del credo liberal inglés consideraba que para llegar a ser ciudadano a todos los efectos se deben poseer todos los recursos que permitan no dedicar todo el tiempo y energía a la mera lucha por la supervivencia. Como el estrato social de los proletarios no los poseían, y era improbable que pudieran obtenerlos trabajando y ahorrando, era la misma república la que debería garantizar la satisfacción de sus necesidades básicas de manera que hiciera posible su integración en la asamblea de los ciudadanos. Se tenía la esperanza, más aún, la convicción de que una vez conseguida la seguridad personal respecto a la opresión, la gente se habría unido para regular los propios asuntos comunes mediante la acción política y que el resultado de la participación política cada vez más amplia y finalmente universal significaría una protección garantizada contra la pobreza, el paro o la incapacidad. Es decir, se pensaba que una vez libres, las personas se habrían convertido en políticamente comprometidas y activas y estas personas a su vez habrían promovido equidad, justicia, ayuda recíproca, fraternidad. Así concibieron los liberales ingleses el “Estado social” como el punto de llegada inexorable e imparable de la tendencia histórica.

Pero esta conclusión tan optimista pronto apareció como prematura. Poco después de darse los primeros retoques al proyecto de seguridad colectiva, Galbraith registraba el nacimiento de la “mayoría satisfecha” que usaba los derechos personales y políticos recientemente adquiridos para votar leyes que quitaran a sus conciudadanos menos inteligentes o astutos una parte creciente de sus derechos. Contrariamente a lo previsto, que el Estado social hiciera a la mayoría de las personas seguras y satisfechas, paradójicamente produjo lo contrario. Ese sentido de seguridad indujo a la mayoría satisfecha a retirar su apoyo al principio fundamental del estado social. El temor a la escasez de los recursos del Estado hizo que una vez que ellos alcanzaron el nivel de la seguridad dieran la patada a la escalera, destruyendo así el principio inspirador de la aseguración colectiva como derecho universal del ciudadano.

La aseguración colectiva fue sustituida por la promesa de asistencia directa sólo a aquellas personas que carecieran de recursos y autosuficiencia. Así las subvenciones estatales dejaron de ser un derecho del ciudadano para convertirse en un estigma del que huyen las personas con dignidad y autoestima personal. En segundo lugar se aplicó el principio de que las prestaciones para los pobres han de ser prestaciones pobres, por lo que los servicios de asistencia social han perdido el atractivo que tuvieron en otro tiempo.



El resultado de este proceso ha sido que los individuos se han convencido de que no pueden esperar una gran ayuda del Estado. Una persona racional ya no deposita su confianza y seguridad en el Estado en caso de paro, enfermedad o vejez.

En definitiva, el significado de ciudadanía ha sido vaciado de buena parte de sus contenidos y el Estado-nación ya no es el depositario final de la confianza del pueblo. Los habitantes de una sociedad cada vez más privatizada y desreglamentada ya no ven al Estado como el destinatario fiable para sus lamentos. Se les ha dicho repetidamente que cuenten sólo con su propia habilidad y sus propias capacidades. Se sienten, pues, abandonados a sus propios recursos. El Estado-nación ya no es depositario de la confianza del pueblo porque los habitantes de la sociedad privatizada se sienten abandonados a sus propios e inadecuados recursos y a la propia iniciativa.

Lo más grave que está ocurriendo a nivel político-cultural con el proceso de globalización es que está desapareciendo esa identidad construida tan laboriosamente que es la identidad nacional-estatal. Desaparecen gran parte de los derechos de ciudadanía que configuran toda la construcción racional de lo que es o ha sido la convivencia en la modernidad basada en la identidad de todos los miembros de la sociedad como ciudadanos y la tolerancia a las diferencias individuales que no interfieran en la identidad básica- Toda una serie de conceptos jurídicos construidos en la modernidad y que determinan nuestra convivencia, quedan sin cobijo por debilitamiento de la legitimidad del Estado.

## 4.- Las identidades de elección y la modernidad líquida

Cuando la modernidad sustituyó los *coetus* o gremios premodernos que determinaban la identidad en base al nacimiento (y que por tanto no daban lugar a la pregunta de ¿quién soy yo?) por las clases sociales, las identidades se convirtieron en tareas que debía realizar cada uno de los individuos, sostenidos por la confianza, El mundo moderno es el mundo de asociación por elección, es decir, la sociedad está anclada en el principio general de la confianza, esto es, la versión humanizada de la seguridad en las relaciones libres.

En un primer momento cada clase social tenía muy claro cuál era su trayectoria como tal clase, trazada de antemano, sin ambigüedad. Pero hoy esto ya no es tan claro y el peso de la responsabilidad de la elección que cae sobre el individuo se hace más insoportable a medida que van desapareciendo los indicadores de dirección.

El sociólogo Bauman sostiene que estamos viviendo en la fase fluida de la modernidad. Las formas sólidas se caracterizan por la definición y permanencia de la forma. Los fluidos en cambio no son capaces de mantener a la larga una forma y, a no ser que sean vertidos en un estrecho recipiente, continúan cambiando de forma ante la aplicación de la más mínima fuerza. Según esto, nosotros estaríamos viviendo en una modernidad líquida, sin estructuras permanentes. Nada hay fijo: las novedades predilectas de hoy son echadas a la papelera mañana, potentes instituciones políticas y



económicas de hoy serán fagocitadas mañana por otras más potentes o simplemente se desvanecerán. Ya nos hemos acostumbrado a la enorme fluidez de *opas* de absorción de grandes compañías que rápidamente se crecen, se transforman o mueren. Lo mismo ocurre con las profesiones que hemos elegido: prometedoras carreras de una vida desembocan en callejones sin salida. Parece que vivamos en un universo de Escher, el genial creador de representaciones imposibles, donde nadie en ningún punto es capaz de distinguir un camino que lleve a la cima de un camino que lleve a una pendiente descendiente.

En este mundo de modernidad líquida en que nos movemos los individuos ya no hay referencias. La sociedad ya no ese árbitro severo y despiadado ante los errores humanos sino un jugador más, especialmente astuto y engañador que hace trampas, es decir, que no sigue las reglas siempre que le es posible y que llega a sorprendernos sin estar preparados. La sociedad ya no imparte órdenes de cómo hay que vivir y cuando lo hace le importa poco si tales órdenes vienen seguidas o no. La sociedad sólo quiere de ti que no dejes la mesa de juego y que dispongas de fichas suficientes para continuar jugando.

En esta sociedad líquida es imposible crear una identidad coherente como sugería el ideal de formación de la modernidad sólida. La estrategia del individuo de la modernidad líquida es la del don Juan de Moliere para quien el placer del amor consiste en el cambio constante o el don Juan de Mozart o Kierkegaard cuyo secreto de las conquistas era terminar rápidamente y volver a empezar, el instante, el aquí y el ahora.

La estrategia del *carpe diem* es la respuesta a un mundo vaciado de valores y referencias que pretende ser duradero. En esa estrategia impuesta por la modernidad líquida una identidad sólidamente construida y anclada es disfuncional como lo es la fidelidad a determinadas opciones o valores. Como indican los asesores y expertos de problemas humanos que escriben en las revistas semanales de gran tirada, la preocupación por la coherencia, por la adhesión a reglas no son opciones prometedoras porque impiden abrir la puerta a posibilidades nuevas.

## 5.- Sentido de pertenencia y construcción de la identidad

En este contexto de modernidad líquida, sin contornos fijos ni pautas de orientación, es en el que adquiere una importancia cada vez mayor el sentido de pertenencia que ofrece cierta seguridad y confianza a los individuos. Desde el momento en que la identidad pierde sus anclajes sociales, lo que la hacen aparecer “natural”, predeterminada y no negociable, la identificación se hace cada vez más importante para aquellos individuos que buscan desesperadamente un “nosotros”.

Los lugares a los que era confiado tradicionalmente el sentido de pertenencia (trabajo, familia, vecindad) o no están disponibles o cuando lo están no son fiables y por ello son casi siempre incapaces de aplacar la sed de socialidad o calmar el miedo a la soledad y el abandono.



De aquí la creciente pregunta que se hacen los sociólogos por aquellas comunidades que podrían ser llamadas comunidades de guardarropa, es decir, aquellas comunidades que toman cuerpo, aunque sólo sea en apariencia, cuando se cuelgan en el guardarropa al igual que los abrigos y las chaquetas, los problemas individuales. La ocasión puede estar proporcionada por cualquier evento chocante o superpublicitado: un excitante partido de fútbol, un crimen feroz, un divorcio o una desventura de una celebridad. Las comunidades y su solidaridad se forman espontáneamente mientras dura el espectáculo, pero quedan rápidamente desmanteladas apenas los espectadores vuelven a recoger los abrigos dejados en el guardarropa o los problemas individuales de la vida cotidiana. Su ventaja está en la irrelevante cantidad de compromiso para lograr esa identificación como grupo. Pero entre estas comunidades y el calor soñado y la comunidad solidaria hay una gran diferencia.

Algo parecido podríamos decir de las comunidades virtuales, mediadas electrónicamente, que se crean en los chats. Son comunidades frágiles donde es fácil entrar y también es fácil salir. Es algo que carece de solidez que difícilmente puede crear el sentimiento de un nosotros. Estas comunidades cibernéticas pueden ser divertidas pero sólo crean una ilusión de intimidad y una ficción de comunidad. Nunca podrán ser sustitutos válidos del sentarse juntos en torno a una mesa, mirarse cara a cara y tener una conversación real. Estas comunidades virtuales, como las de guardarropa, no son capaces de dar sustancia a la identidad personal, razón fundamental por lo que se las busca. Por eso estas identidades no responden a las necesidades reales de identificación, ni siquiera exigen salir del anonimato o presentar una personalidad real verdadera.

## 6.- Identidad, estratificación social y exclusión

La identificación es un potente factor de estratificación, uno de los que crean mayores divisiones y diferencias. En un extremo de la jerarquía global están quienes pueden componer y descomponer su identidad a su gusto. Y en el otro están aquellos que ven cerrado el acceso a las identidades de elección y tienen que cargar con identidades impuestas por otros.

Una zona donde terminan o vienen empujados aquellos a los que les viene negado el derecho de reivindicar una identidad distinta de la que les es atribuida e impuesta es la señalada como *underclass* o subclase. Si has sido asignado a la subclase por fracasar en la escuela, por ser madre soltera, drogadicto o sin techo, cualquier identidad que desees o elijas te es denegada a priori pues la identidad de subclase significa “ausencia de identidad”, cancelación o negación de la individualidad, de un “rostro” objeto del deber ético o moral. Como dice Giorgio Agamben, la subclase es un conjunto heterogéneo de personas cuyo *bios* (o sea, la vida de un sujeto socialmente reconocido) está reducida a *zoé* puramente animal en la que todos los aspectos reconociblemente humanos son cortados o anulados. Es el fenómeno de la exclusión.

Un caso semejante ocurre a nivel político. Quedan reducidos políticamente a la condición de subclase los prófugos y sin Estado, los sin papeles, los no territoriales en un mundo de soberanía basado en el territorio. Estos vienen reducidos a una condición



inferior a la de subclase porque les viene negado el derecho a la presencia física en el territorio de un gobierno soberano. Para eso se han creado los “no-lugares”, concebidos para aquellos prófugos o reclamantes de asilo que no pueden acceder a los derechos de ciudadanía que otorga el territorio. Esta invención jurídico-política del no-lugar es el símbolo más representativo de la exclusión.

La exclusión, como negación de identidad, representa la condición de nuestro siglo. La condición del siglo XIX y buena parte del XX era la explotación, concepto nuclear del pensamiento de Marx. En la época de las colonias, los nativos podían ser convertidos y usados como fuerza de trabajo en función del ciclo económico. Pero en el siglo XX producimos sistemáticamente desechos humanos o más exactamente humanos desechados. Aquellos que no son necesarios para completar el ciclo económico se convierten en desechados o excluidos.

Siempre han existidos desechos o desechados humanos pero limitados a regiones o situaciones determinadas y los problemas locales podían encontrar solución a nivel global. Pero hoy la producción de “hombres de desecho” se ha convertido en un fenómeno planetario. La más evidente y potencialmente explosiva disfunción de la economía capitalista ha pasado en su actual estadio planetario de la explotación a la exclusión.

## 7.- Identidades emergentes en la exclusión

Consciente o inconscientemente, hombres y mujeres de nuestro tiempo están obsesionados por el espectáculo de la exclusión. Millones de personas han sido excluidas por caer fuera del sistema funcional, sea en la India, Africa o Brasil, sea en barrios de Nueva York, París, Madrid o México. Ya nadie oye su voz reducida al silencio. Heridos por la experiencia de abandono, hombres y mujeres de nuestros días sospechan ser peones en el juego de algún otro y sin protección alguna frente a las jugadas hechas por los grandes jugadores.

### 7.1.- Fundamentalismo

No hay que maravillarse de que la promesa de “renacer” en una nueva casa cálida y segura como una familia, idea que venden los fundamentalistas de las diferentes religiones, es una tentación a la que es difícil resistir. Los fundamentalismos representan, en cierto modo, la fantasía de un mundo humanizado frente al mundo deshumanizado.

El fundamentalismo afecta a múltiples dimensiones de la experiencia personal y colectiva: al pensamiento, haciéndolo reduccionista y perezoso, a la acción, haciéndola compulsiva y unidireccional, a la asociación, convirtiéndola en sectaria.

En el contexto de estas reflexiones quizá interesa resaltar el fundamentalismo religioso, uno de los rasgos de la efervescencia religiosa de nuestra época y que no está ligado a sólo alguna de las tradiciones espirituales, sino potencialmente presente en todas. Su riesgo principal no es tanto la simplificación de los contenidos religiosos y la





esclerotización de sus expresiones rituales cuanto la “(conversión de) una religión en ideología que acentúa las divisiones entre los pueblos y puede llevar al odio y a la violencia”<sup>1</sup>.

## 7.2- Nacionalismo

Otra consecuencia es el emerger de los nacionalismos o movimientos que buscan una comunidad / reconocimiento hasta en países donde la cuestión nacional parecía haber quedado resuelta hacía un siglo. Frente a los horrores de la antigua Yugoslavia, algunos consideran que se despertó una fuerza oscura, atávica que daría cuenta de las barbaridades cometidas, pero hay dos razones evidentes. Una es el intento desesperado de buscar protección frente a los vientos (gélidos o ardientes) de la globalización y el otro el replanteamiento del tradicional acuerdo entre nación y estado. Como se puede ver, ambas ponen el dedo en la llaga de la erosión de la soberanía del Estado como factor principal. Los movimientos en cuestión manifiestan el deseo de retocar la estrategia recibida de la búsqueda colectiva de los intereses encontrando o creando nuevos puestos de honor y poder y nuevos actores del juego del poder.

Como explica René Girard, en un estado de crisis social “los individuos, en vez de inculparse a sí mismos, tienden a inculpar o bien a la sociedad en su conjunto, lo que les lleva al descompromiso, o bien a otros individuos que les parecen particularmente nocivos por razones fáciles de descubrir”. Las personas atemorizadas se reúnen juntas y se convierten en una masa, y “la masa por definición busca la acción, pero no puede actuar sobre las causas naturales de la crisis. Busca por tanto una causa accesible que sacie su ansiedad de violencia”. Lo demás es desorientante, pero fácil de comprender. Con el fin de referir a las víctimas la indiferenciación de la crisis se les acusa de crímenes indiferenciados, pero en realidad son sus signos victimarios los que designan a estas víctimas para la persecución.

Cuando tu mundo cae en pedazos, el montón de detritus destruye o impide ver los indicadores de dirección. Los candidatos a víctimas no son temidas u odiadas porque sean distintas sino por no ser suficientemente distintas, por poderse mezclar fácilmente en la masa. Es necesaria la violencia para hacerlos vistosa o espectacularmente diferentes. Destruyéndolos se puede eliminar a los agentes contaminantes que han ofuscado las distinciones y recrear por tanto un mundo ordenado en el que cada uno sabe quién es y las identidades ya no son más frágiles, inciertas ni precarias. Por lo tanto, según el esquema de la modernidad, toda destrucción es una destrucción creativa: una guerra santa del orden contra el caos, una empresa que trata de dar orden.

La crisis social desatada en los Balcanes tuvo consecuencias insólitamente extremas, pero mecanismos semejantes están actuando por todas partes como una consecuencia de la globalización. Es una experiencia común de todo nuestro planeta, aunque si las cosas no se llevan adelante y el drama está en sordina y sea inaudible,

---

<sup>1</sup> Capítulo General OP Providence 2001, n° 70.



deseos semejantes e impulsos ineludibles llevan a la gente a la acción siempre que se adviertan los atemorizantes y turbadores efectos de la crisis social.

Ante esta situación lo que más amplía y ávidamente se desea es cavar trincheras profundas entre el “dentro” de un territorio, con su comodidad, calor y seguridad, y el “fuera” inhóspito, lleno de peligros. Si el Estado ya no es capaz de reivindicar poderes semejantes para proteger su territorio por haber renunciado a ella, queda en espera de que alguien la recoja en una desesperada búsqueda de soluciones locales a problemas globales.

No hay que extrañarse que frente al espectáculo actual de la separación y divorcio entre Estado y nación, ante la neutralidad del Estado que abandona sus funciones integradoras, las llamadas visiones “culturales” de la identidad están adquiriendo auge entre aquellos grupos a la búsqueda de agarres seguros, estables y fiables en medio de las mareas del incierto cambio.

Siempre que oigamos la palabra identidad podemos estar seguros de que hay una batalla en curso: la lucha por el reconocimiento, bien sea contra las presiones colectivas por parte de aquellos individuos que odian la ortodoxia y valoran mucho sus propias convicciones y su propio modo de vivir; o bien esté dirigida por el grupo contra un grupo más grande acusado de quererlo devorar, destruir o sofocar la diferencia de un grupo más pequeño, de constreñirlo por las buenas o las malas a renunciar a su “yo colectivo”, a perder su rostro, a disolverse. En ambos casos la “identidad” aparece como un grito de guerra usado en una guerra defensiva: un individuo contra el asalto de un grupo o un grupo más pequeño y débil (y por este motivo amenazado) contra un conjunto más grande y con mayores recursos (y por este motivo amenazante). Pero la espada de la identidad también puede ser empuñada por la otra facción, la más grande y fuerte, aquella que quiere disminuir las diferencias o que quiere que las diferencias sean aceptadas como inevitables y duraderas.

En los períodos de crisis social o de *nation-building*, la espada de la identidad viene blandida por las dos partes en lucha: por un lado en defensa de las lenguas, las memorias, las tradiciones y los usos locales y menores contra aquellos de la capital que buscan la homogeneidad y piden uniformidad, y por otro lado en la “cruzada cultural” llevada por sustentadores de la unidad nacional que tratan de extirpar el providencialismo o parroquialismo popular o pueblerino de las comunidades o etnias locales...

Las batallas de identidad no pueden desempeñar su trabajo de identificación sin ser fuente de división al igual que lo son de unión. Sus intenciones inclusivas se mezclan con las intenciones de segregar y excluir. Hay sólo una excepción a esta regla, la universal unificación de la Humanidad, aquella identidad verdadera y completamente inclusiva que en la visión de Kant debía ser exactamente lo mismo que la Naturaleza. Sin embargo, en nuestra práctica común, la “humanidad” es sólo una de las innumerables identidades empeñadas en la guerra de destrucción recíproca. La identidad de quienes sustentan el ideal de “humanidad” no parece gozar de ninguna clara ventaja bélica o estratégica frente a otros combatientes de menores dimensiones pero manifiestamente más versátiles y con mayores recursos. Como otras identidades supuestas, el ideal de humanidad puede contar a fin de cuentas sólo con la dedicación de sus supuestos adherentes...



La pregunta que hoy nos hacemos es ¿cómo podemos dotar a la humanidad con los rasgos no sólo racionales o formales, sino también emocionales que sean capaces de dar vida a nuestros ideales?

## 8.- A modo de conclusión

Los rasgos de nuestro presente analizados a lo largo de estas dos unidades dedicadas a las tendencias que se manifiestan en nuestra cultura parece que van a ocupar por un largo tiempo nuestras experiencias personales y colectivas y, si pretendemos situarnos lúcidamente en ellas, nuestra reflexión.

Las transformaciones que el primado de la industria, la tecnología y la economía han introducido y siguen introduciendo en nuestros modos de vida, la complejidad y la interconexión de nuestro mundo, el protagonismo de la imagen, las maneras novedosas del mundo interior y del trato externo no son instrumentos neutros ni apariencias circunstanciales: rozan en lo más profundo la identidad y la pertenencia, tanto en lo privado como en lo político, en un conflicto nada fácil de resolver entre la globalización y la resistencia a la uniformidad que aquélla conlleva.

Los nuestros son tiempos prometedores, pero también están cargados de incógnitas. Aquí no hemos podido más que reflejar algunas de sus líneas, las más problemáticas. Son rasgos que nos invitan a seguir pensar, y no con un pensamiento fácil, ya que “allí donde la ciencia moderna nos da una nebulosa complejidad, los dominicos deberán ser hombres y mujeres no de respuestas fáciles sino de preguntas difíciles, inspiradas por la pasión por la verdad”<sup>2</sup>.

Nuestra experiencia vital nos hará cambiar mucho nuestras ideas actuales para vivir en un mundo globalizado y multicultural descrito con rasgos casi proféticos en 1994 en una de las pintadas del muro de Berlín, un manifiesto en el que se ridiculizaba la fidelidad a esquemas que ya no eran capaces de reflejar la realidad del mundo: “Tu Cristo es un judío. Tu coche es japonés. Tu pizza, italiana. Tu democracia, griega. Tu café brasileño. Tu vacación, turca. Tus números, árabes. Tu alfabeto, latino. Sólo tu vecino es un extranjero”.

## Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio: *La comunidad que viene*. Valencia, Ed. Pre-Textos. 1996

---

<sup>2</sup> Capítulo General OP Providence 2001, n° 124.



- BAUMAN, Zygmunt: *Comunidad: en búsqueda de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, Siglo XXI. 2003.
- KYMLICKA, Will: *La política vernácula: nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*. Barcelona, Paidós, 2003.
- TAYLOR, Charles: *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*. Madrid, F.C.E. 2003.

## Cuestiones para el diálogo comunitario

- 1) ¿Qué reacciones ha provocado la reflexión del apartado 1 sobre “Globalización, identidad y pertenencia”? ¿Qué conclusiones podrían derivarse hacia la identidad cristiana y su componente de pertenencia comunitaria?
- 2) Lo que hemos llamado “comunidad de guardarropa” y “comunidad virtual” parece que va dejando a los individuos en situaciones de debilidad y soledad. ¿Os parece que esto marca alguna línea para los objetivos de nuestra misión?
- 3) El fundamentalismo es rasgo conocido de algunos movimientos religiosos de este momento. Parece también una tentación para cualquier religión. ¿Detectáis algún rasgo de fundamentalismo en el catolicismo actual? Si lo hay, ¿cómo debiéramos afrontarlo desde la predicación y la pastoral?
- 4) En el contexto sociocultural de algunas de nuestras comunidades se da un resurgir de los nacionalismos. ¿Qué os ha hecho pensar el análisis que le hemos dedicado? ¿Cómo completáis, corregís y desarrolláis ese análisis? ¿Tenemos algo que decir como predicadores del evangelio respecto de las actitudes que alimentan ese fenómeno?